



EL ÚLTIMO
REGALO DE
PAULINA
HOFFMANN

Carmen Romero Dorr

Carmen Romero Dorr



El último regalo de
Paulina Hoffmann

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carmen Romero Dorr, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2018

Depósito legal: B. 26.607-2017

ISBN: 978-84-08-18059-3

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Están las dos solas en el salón presidido por la enorme biblioteca de madera. El ambiente, apenas iluminado por un par de lámparas bajas, es silencioso y cálido. Los gruesos muros del edificio de la calle Velázquez no dejan pasar el frío ni el ruido. En la íntima penumbra de esta habitación, podrían ser las dos únicas personas del mundo. El mundo exterior queda muy lejos.

Es una tarde de invierno como tantas otras. Abajo, en la calle, la lluvia se mezcla con el sonido del tráfico y la prisa de miles de personas que regresan del trabajo. Ninguno de ellos es el padre de Alicia, que hoy estará en su consulta toda la tarde, así que hoy la niña se queda en casa de su abuela hasta la hora de cenar. Esas horas, esas tardes, se han convertido para ellas en algo delicado y perfecto. Algo que nadie más debe tocar.

El mismo cabello castaño, los mismos ojos azules, la misma piel muy blanca. Los rasgos de Paulina Hoffmann, nacida en Berlín en 1932, se han saltado una generación y han reaparecido en su única nieta.

Juntas repasan, una vez más, las fotografías de un viejo

álbum forrado en cuero granate de esquinas ya gastadas. Con un espejito de estaño encima de la mesa, la nieta juega a comparar su propia imagen con la de la niña en blanco y negro que sonríe desde esos retratos de otro tiempo, casi de otro mundo. Los restos de la merienda siguen en una bandeja. ¿Quién tiene tiempo de recorrer el largo pasillo que lleva hasta la cocina ahora que están sumidas en el mundo (mágico para la pequeña, cada vez más necesario para la mayor) de los recuerdos?

La niña sostiene una foto familiar tomada frente al imponente edificio de la Staatsoper en la avenida Unter den Linden. Un matrimonio de aire distinguido —ella con zapatos de tacón y un sombrero ladeado que le otorga un cierto misterio— posa con sus tres hijos pequeños ante el gran templo prusiano de la ópera. Todos los miembros de la familia van muy arreglados, como es habitual en los retratos antiguos, que servían para inmortalizar solamente las grandes ocasiones. Los niños peinados con raya, la niña con un gran lazo en la cabeza. En el dorso se puede leer la tinta ya débil de una anotación: «Familie Hoffmann. Berlin, 1936».

Paulina Hoffmann no recuerda el día ni el motivo de la foto: entonces tenía solo cuatro años y hace mucho que no queda nadie en el mundo a quien pueda preguntárselo. Pero en ese momento parecían felices. Apenas conserva una decena de imágenes de sus padres y hermanos, sin las cuales habría olvidado hace décadas cómo eran sus rostros. Pero ahí están. Su padre, espigado, moreno, con barba; las cabezas doradas de su madre y sus hermanos, con los ojos muy abiertos para la foto. Ha pasado tanto tiempo, han pasado tantas cosas. Pero después de años y años lu-

chando por olvidar, ahora necesita bucear en ese pasado, tan lejano que parece la vida de otra persona, para intentar comprender quién es ella realmente. De dónde viene. Por qué ha hecho las cosas que ha hecho.

La abuela es una mujer delgada y de piel muy clara, con pantalones vaqueros y un jersey de cuello alto, a quien todavía le falta mucho para convertirse en una anciana. Aún hoy la confunden de vez en cuando con una turista, a pesar de que lleva casi toda la vida en Madrid. Nunca ha perdido del todo, en parte porque no ha querido, un suave acento alemán que, a pesar de la dureza del idioma, en su voz suena dulce, musical.

Alicia se concentra en distinguir en la fotografía los rasgos de la abuela. Más allá del cabello, que se intuye oscuro en el blanco y negro, le cuesta identificar en esa imagen infantil la cara de la señora que ahora está sentada a su lado. Sí que reconoce el parecido consigo misma, aunque, desde la inocencia de sus nueve años, se considera muchísimo mayor que la pequeña Paulina, que, cogida de la mano de sus dos hermanos mayores, mira alegremente a la cámara, ignorante de que su corta vida pronto se romperá en mil pedazos.

La segunda fotografía muestra a dos adolescentes, el más pequeño todavía un niño, con un uniforme que parece marrón. En la manga izquierda llevan un brazalete con un águila, una esvástica y dos palabras en alemán. Solo se aprecian las iniciales, una D y una V; el resto está borroso. Bajo la gorra, se adivina que ambos son muy rubios, la perfecta encarnación del ideal ario. La imagen está fechada en noviembre de 1944.

—¿Quiénes son? —pregunta la niña, aunque conoce la respuesta de memoria.

—Otto y Heinz, mis hermanos —explica una vez más la abuela, que últimamente siente la necesidad de volver a sus primeros recuerdos, a sus raíces más profundas, y ha descubierto que el único modo de hacer soportable ese ejercicio tan doloroso es convertirlo en una especie de juego que comparte con su nieta. Transformar el horror en un cuento apto para los oídos de la niña—. Eran soldados, muy valientes —miente—. Y mira qué guapos eran.

—Qué uniformes tan bonitos —comenta Alicia buscando una vez más a Paulina a través del espejo.

Pero no son bonitos en absoluto. En realidad, ni siquiera son uniformes militares, sino los trajes de las Juventudes Hitlerianas con la banda del Deutscher Volkssturm burdamente cosida a la tela: el patético equipamiento de las milicias populares lanzadas al frente al final de la guerra. Niños en edad escolar, ancianos con dolor de huesos. Carne de cañón para el último y desesperado intento de evitar la derrota alemana. Aunque algunos de esos pequeños soldados, empapados de la doctrina nazi prácticamente desde la cuna, resultaron ser auténticos fanáticos, letales en el campo de batalla, no parece el caso de los chicos de la foto: sus gestos pretenden ser serios, pero no logran ocultar el miedo en el fondo de sus ojos claros. Sostienen sendos fusiles de una manera forzada, como si tuvieran miedo de que se dispararan por accidente.

Pero la nieta no sabe todavía nada de todo esto, como tampoco ha comprendido aún que aquellos adolescentes (aquellos niños) en realidad estaban aterrados. Cómo no

estarlo. Apenas habían empezado a vivir y ya debían estar listos para matar.

Cuando Alicia crezca y empiece a hacer preguntas, se acabará el juego del álbum de fotos. Paulina dejará de enseñarle las imágenes guardadas entre las tapas de cuero granate, y ella simplemente empezará a olvidar aquellas viejas historias.

Paulina Hoffmann espera siempre en la misma esquina del patio a que terminen las clases. Cuando era joven, no pudo permitirse que sus hijos fueran al Colegio Alemán, pero su nieta sí que puede ir ahora, de modo que ha asumido gustosa un papel protagonista en su educación. Desde que su hijo Diego se quedó viudo cuando la niña tenía cuatro años, la abuela se ha convertido en un apoyo fundamental: asiste a las tutorías y las fiestas, ayuda con los deberes y, por qué no admitirlo, desempolva el recuerdo irreal e inmaculado de sus primeros años, antes de que todo fuera destruido.

Hace poco fabricaron juntas una linterna de mano llena de colores para el Laternelaufen, el desfile otoñal en el que cada alumno lleva en la mano una lamparita hecha en casa con una vela en su interior. El papel de seda que usaron para decorarla resplandecía con la luz de la llama a cada paso de la pequeña Alicia.

Para la abuela, hacer ahora estas cosas supone rescatar algo de la niñez que le fue arrebatada, del mismo modo que esperar frente al gran edificio de la calle Concha Espi-

na, el mismo al que tanto le hubiera gustado traer a sus hijos, es al mismo tiempo un triunfo y el recuerdo de algo definitivamente perdido.

La niña llega seria: es evidente que está preocupada por algo. Paulina le abrocha el anorak y anuda cuidadosamente la bufanda alrededor de su cuello. Es uno de los días más fríos del año. Se dan la mano y van juntas hacia la salida.

Ambas guardan silencio de camino a casa, donde pasarán una tarde más hasta que el padre de Alicia termine en la consulta. La mujer de cabello gris conoce muy bien a esa niña tan parecida a sí misma y sabe que es mejor no preguntarle qué le preocupa hasta que sea ella quien quiera contárselo.

Preparan dos tazones de chocolate caliente y se instalan en el salón de las luces bajas. La abuela lleva muchos años recurriendo al truco de comer algo dulce para aliviar la preocupación o la tristeza. El viejo recurso de engañar al cerebro con un poco de serotonina. Es un consuelo engañoso, pero fácil e inmediato.

—Mi amiga Katja se marcha del cole. No la voy a volver a ver. Ya sabes que es mi mejor amiga —dice por fin Alicia.

Katja es una niña dulce y tímida, igual que ella. En realidad, no es su mejor amiga: es su única amiga.

—¿Su familia vuelve a Alemania?

—Sí, me ha dicho hoy que se marchan a Frankfurt después de Navidad. La voy a echar muchísimo de menos. ¿Con quién jugaré en el patio? No me gusta ir al colegio si no está Katja. ¿Por qué me tiene que pasar esto? ¿Por qué no se vuelve a Alemania cualquier otro compañero de clase?

Otra niña dejaría escapar un sollozo en ese momento, pero Alicia no es así. Cuando crezca será el tipo de mujer que no se derrumba fácilmente. Todos imaginarán que es más fuerte de lo que realmente es.

Muchos compañeros del colegio son hijos de alemanes que trabajan temporalmente en Madrid y que, pasados dos o tres años, regresan a Berlín, Múnich o, como esta vez, a Frankfurt. Y ella no es una niña a quien le resulte fácil hacer nuevos amigos. De hecho, le cuesta mucho más de lo normal. Tanto que su padre, preocupado, tuvo varias reuniones con el psicólogo escolar. Alicia no tenía problemas con los demás alumnos, pero tampoco intimaba con ellos. Vivía inmersa en su mundo, jugaba sola en el recreo. Por eso fue fantástico que Katja llegara a su clase hace un par de años. Y por eso es un golpe tan duro que ahora se tenga que marchar, especialmente porque no es la primera vez que la niña pierde a alguien muy querido.

Aunque han pasado más de cinco años desde la muerte de la madre de Alicia, Paulina sigue temiendo que la cría, aparentemente feliz, revele su fragilidad en cualquier momento. Quedarse sin mamá cuando aún no se tiene casi edad para recordarla puede dejar una herida muy profunda en un corazón tan pequeño. Su nuera, Paloma, era una chica auténtica y cariñosa, y Diego había tenido mucha suerte al casarse con ella. Su muerte fue absurda, en un vulgar accidente de carretera, y había privado a su marido y a su hija de un montón de cosas, les había robado miles de momentos. Con la inclemencia de una guillotina, había cortado limpiamente por la mitad algo que nunca sería sustituible.

A punto de cumplir diez años, la niña ya apenas pregunta por aquella mujer cariñosa y divertida, que le hacía cosquillas al salir de la bañera y le contaba cuentos por las noches. Y Paulina no sabe si esa aparente normalidad, ese silencio, es buena o mala señal.

Cuando la abuela piensa en todo ese amor que Alicia tal vez haya olvidado, siente una gran tristeza. Los primeros años, que lo son todo para los padres, sin embargo no son casi recordados por los hijos. No hay otro momento en nuestras vidas en el que recibamos tanto cariño como entonces, pero todo queda pronto disuelto en la nebulosa de la memoria a medio hacer.

Aunque, quién sabe, es posible que no todo se haya perdido. Al fin y al cabo, ella misma tampoco recuerda ya el olor o la voz de su madre, y sin embargo sigue notando un calor que no se parece a ningún otro cada vez que mira una de sus fotografías.

La misión de Paulina es que Alicia jamás se sienta más sola que los otros niños, que nunca se lamente de que le falta algo. Pero ahora Katja también se va.

Otra abuela le quitaría importancia al problema, le diría que ya encontrará otra amiga. Pero ella no es así. Sabe que para su nieta lo que ha ocurrido es una pequeña catástrofe.

—Cuando yo era un poco más pequeña de lo que tú eres ahora —le dice—, mi mejor amiga también se marchó del colegio. No volví a verla nunca más. Entiendo bien cómo te sientes. Pero era otra época y estas cosas eran mucho más complicadas. Si Katja y tú de verdad sois amigas, si realmente os entendéis tan bien como ahora piensas, no debéis de-

jar que esto os separe. Puedes escribirle cartas y postales, mandarle fotos, o incluso ir a visitarla si algún verano vas de vacaciones a Alemania. Tienes que aprovechar la oportunidad de seguir en contacto con ella. Yo no pude hacerlo, *Schatz** —añade la abuela.

—¿Cómo se llamaba tu amiga? ¿Tienes alguna foto suya? —pregunta la nieta.

—Se llamaba Ana, y no, no conservo ninguna foto. Pero sí recuerdo que tenía unas largas trenzas negras, muy brillantes, y que me prestó una vez su muñeca favorita. Hubiera deseado más que nada en el mundo poder tener noticias tuyas cuando dejamos de vernos —le dice recurriendo una vez más al truco de convertir el pasado en un cuento apto para los oídos infantiles de Alicia.

Se quedan las dos pensativas. Hoy no jugarán al juego del álbum de fotos.

Y entonces la mente de Paulina Hoffmann le tiende una trampa. Un resorte escondido en lo más profundo de sus recuerdos le hace pensar en un modo infalible de distraer a su nieta.

—¡Anda! —exclama—. Acabo de darme cuenta de que nos hemos olvidado de algo importante.

—¿Qué pasa, abuela? —dice la niña, que, por supuesto, pica en el anzuelo.

—A ver, ¿qué día es hoy?

—15 de diciembre.

—¿Y qué es lo que tú y yo hacemos cada año por estas fechas y aún no hemos hecho?

* «Tesoro», en alemán.

—¡Galletas de Navidad!

Y salen las dos corriendo por el pasillo hacia la cocina. La abuela prepara estas pastas con la receta que aprendió de su madre. Hay sabores que pasan de una generación a otra, íntimamente unidos a momentos del pasado, a personas que ya no están. Y lo característico de estas galletas, lo que las hace distintas a todas las demás, es la ralladura de limón que se añade a la masa justo al final.

Pero esa tarde, cuando Paulina atraviesa con el cuchillo la rugosa piel amarilla, el penetrante olor cítrico la golpea salvajemente, transportándola por un instante al Berlín de 1938. Como si el tiempo no hubiera existido, como si siguiera teniendo seis años, regresa al comedor de la casa donde creció y ve ante sí la mesa de madera cubierta con un tapete de encaje. La vajilla con adornos azules. El azucarero al que le faltaba una de las asas. La mirada de su madre. Y vuelve a sentir aquel intenso dolor de estómago.

Tiene que improvisar una excusa y esconderse en su dormitorio para calmarse, dejando a la niña sola en la cocina durante unos minutos.

La memoria conoce los caminos que nosotros hemos olvidado. Malintencionada y tramposa, sabe cómo llevarnos de vuelta en el momento más inesperado a los lugares que tanto hemos luchado por dejar atrás.